

Llor á aquellos valientes héroes, vitorienos su patriotismo, aclamemos sus hazañas y conmemoremos en este día, con alegres y entusiastas manifestaciones de júbilo, los rasgos de su alto valor, porque los pueblos son tanto más dignos de respeto y veneración, cuanto más se esmeran en hacer resaltar los hechos de su historia y en honrar la memoria de sus esclarecidos hijos.

Llamada nuestra generación á celebrar el primer centenario de aquel hecho de armas tan glorioso como afortunado para nuestra Patria, ya que no nos ha sido posible levantar un monumento que perpetúe aquella célebre jornada, donde con tanto valor y patriotismo pelearon, haciendo capitular á aquel general que llevaba á sus buques de victoria en victoria, elevémosle uno de gratitud en el fondo de nuestro corazón, de altura tanta que los himnos de gloria que le tributamos hoy en su honor resuenen con armonioso acento en las altas regiones reservadas por la Providencia á los que saben morir con la fé de Cristo en defensa de la gloria, independencia é integridad de la Patria. Consagrémosle con orgullo la más grande admiración y á la par que lo hacemos en satisfacción nuestra, que sirva de enseñanza también á las generaciones venideras para que no olviden á lo que quedan obligados á aquellos héroes, y prosigan ofreciéndosela mientras un último resplandor les ilumine en la fé de la Patria. Olvidemos por un momento en este día de júbilo natural para nosotros, fin de siglo de otro en el que tanto nombre alcanzamos, y rindámos un sincero homenaje de moderación, nobleza y agradecimiento á la poderosa nación á quien le somos deudores en parte de nuestra grandeza, porque si ayer como enemigos nos trató, nos dió las glorias del vencedor; como amiga hoy contribuye á nuestro bienestar y riqueza.

L. GARCÍA DEL CASTILLO.

HONOR Á TODOS

H terminar el siglo décimo octavo, uno de los más crueles azotes que pueden affigir á la humanidad hizo sentir en este pueblo su inmensa pesadumbre.

El ángel de la guerra había extendido sobre él sus negras alas.

Buscábanse los hombres con las armas en la mano y la cólera en el pecho para destrozarse en medio del humo de la pólvora, del silbido de las balas, de los gemidos y lamentos de unos, de los gritos é imprecaciones de otros y del pavoroso estruendo producido por los cañones, por esos monstruos de acero y de bronce que irreverentes alzan sus cuellos al cielo para arrojar por sus ennegrecidas bocas la desolación y el exterminio.

Se tronchaban en un instante humanas vidas sumiendo en eterno dolor á muchos corazones. Desaparecían padres y esposos dejando tras sí lúgubre séquito de huérfanos y viudas. Grandes eran las heridas causadas en los cuerpos; mayores las que luego sufrieron las almas. La sangre que al principio corrió convirtiéndose después en ríos de lágrimas.

Al fin flota una bandera blanca enarbolada por extranjera mano, cesa el batallar, y por fortuna, en aquel entonces, el derecho de la fuerza se inclina al lado de la justicia, triunfando nuestros antepasados que habían combatido en defensa de cosas tan sagradas como son la patria y la libertad.

Honor y gloria á cuantos por ellas pelearon, tanto al humilde soldado como al esclarecido jefe; porque cuando con fé y decisión se lucha poniendo las energías del cuerpo y los alientos del alma al servicio de una santa causa, no sólo dignifica la sangre que por ella se derrama, sino que todo el trabajo que se la consagra ennoblece la cabeza del hombre, ora le haga correr por fuera la gota de sudor ó ya le haga brotar por dentro la idea luminosa.

BERNARDO BENÍTEZ DE LUGO.

¡NO HAN MUERTO!

El hombre con su pensamiento, tiende á remontarse hasta la Causa Primera; mirando al mundo desde las alturas á que alcanza, lo pequeño no existe; las barreras establecidas por las costumbres, la preocupación, el error, los prejuicios, los idiomas y las religiones, que, vistas desde el suelo, parecen infranqueables, han desaparecido; las fronteras se borran y ve la Humanidad en conjunto, formando moralmente un solo sér. ¡Ha nacido ese bello sentimiento llamado *fraternidad universal*!

Al volver á la tierra, el idioma, las costumbres, el recuerdo de pasadas discordias y sobre todo el interés y la religión lo separan de sus hermanos.

Ve la casa en que nació, el árbol á cuya sombra jugaba; los lugares que visitó con la mujer amada, las tumbas de sus padres y hasta de sus hijos; sitios sagrados que traen á la memoria un mundo de alegrías y un universo de dolores y flameando en el aire la bandera que simboliza y resume siglos de titánicas luchas, desventuras que apenan y glorias que desvanecen y nace en su alma la religión á la Patria.

¡Extranjero! Si vienes como amigo á respetar nuestras costumbres, á llorar nuestras desventuras y compartir nuestras alegrías; si ese culto á los lugares, al recuerdo de los que fueron y á la Patria, te